

Son una vergüenza

LEONARDO CURZIO

“Son una vergüenza y cada vez inspiran menos confianza”. Es una frase que se escucha cada vez con mayor frecuencia en amplios sectores de la sociedad cuando se habla de los políticos como casta. Hay algo de perverso en la acusación porque sistemáticamente reciben el apoyo en la urnas, pero también algo patológico porque una sociedad que no exige de sus políticos una conducta ejemplar, es como una mujer que permite la violencia de su pareja. Una democracia vigorosa exige que sus representantes estén por encima de cualquier sospecha y que proyecten los valores de la comunidad en su vida cotidiana y su trayectoria pública. Un supuesto optimista de la teoría clásica de la democracia es que el sistema electoral tiende a ser filtro para elegir a aquellos que poseen ciertas virtudes o habilidades para velar por los intereses de la mayoría. La realidad de México y de muchos otros países demuestra que un sistema electoral dominado por el dinero y métodos corporativos deforma el propósito de una democracia: seleccionar a partir del voto a los más capaces y honorables. No quisiera tratar aquí el tema de las habilidades técnicas o credenciales académicas para ejercer las más delicadas responsabilidades del gobierno, me gustaría limitarme a la solvencia moral y esto que Javier Gomá, en un notable ensayo publicado por Taurus, llama ejemplaridad pública, es decir, la responsabilidad del ejemplo político.

En las sociedades contemporáneas se ha tendido a minimizar la esfera individual del político para centrarse en los programas y en las estructuras y creo que es un grave error porque finalmente la credibilidad de las instituciones depende en gran medida de la solvencia individual de quien está frente a las mismas y de la observancia de valores como la lealtad constitucional, la capacidad de anteponer intereses generales al propio, la probidad en el servicio público, la transparencia en el manejo de recursos y un respeto general a las leyes y al espíritu que las alienta. Un buen político debe ser un profesional que personifique esos valores republicanos.

La evidencia en el México contemporáneo (y por supuesto las excepciones confirman la regla) es que la solvencia moral de los individuos parece cada vez menos importante y eso debilita la democracia. Personajes que ostentan un inmenso poder en el Legislativo o en la representación sindical difícilmente son ejemplo de coherencia y probidad. Toda vida humana es susceptible de

ser vista como un todo y cuando se ocupa un lugar relevante existe un imperativo de ejemplaridad que podría resumirse en aspirar a que el comportamiento del personaje sea imitable y produzca un impacto civilizatorio.

El político ejemplar, como la historia religiosa rescata la vida de los santos, debe ser al mismo tiempo fuente de inspiración para el comportamiento de los gobernados y de confianza para conducir los asuntos públicos. No se puede construir una democracia estable si los políticos no son ejemplo. Los grandes forjadores de instituciones, como Lázaro Cárdenas, gozan aún del bálsamo majestuoso de la ejemplaridad y logran que la opinión pública los siga viendo en un extraño equilibrio entre veracidad, probidad individual y fidelidad a ciertos principios.

En el México del siglo XXI la vida de muchos políticos no es ejemplar y por tanto no es digna de imitación y tampoco inspira confianza. En primer lugar su palabra vale menos que el orín de los perros. El discurso político en México es engañoso y no compromete a nada. Un día se puede decir una cosa y al día siguiente otra y quedarse tan ancho. El daño al espacio público es irreparable porque el discurso político tiende a cumplir una función ritual, pero no para describir la verdad. La probidad individual es menos estimada entre la casta que el expresarse correctamente. Los delincuentes electorales pueden tranquilamente hablar de la democracia como *Los Soprano* de respetar la ley. El resultado es que el cinismo se apropia el espacio público. Líderes sindicales groseramente ricos son recibidos en las salas del poder como personajes dignos de respeto.

Con un punto de amargura le decía Saint Just a Robespierre que el punto débil de la revolución francesa era que promulgaba demasiadas leyes y se daban pocos ejemplos. Algo de eso ocurre en la democracia mexicana. Las vidas y obras de buena parte de los encumbrados podrían borrarse de las páginas de nuestra historia y no perderíamos nada. Muy triste es constatar que una de las graves carencias de esta naciente democracia es que el político promedio no siente la necesidad de convertirse en ejemplo, por eso su actuar es errático e incluso contradictorio porque no siente que haya una ciudadanía que lo podrá castigar por sus incoherencias o franca y pura corrupción. Es triste, pero es realidad, son un racimo los políticos que podrían ser tomados como ejemplo y de esa forma me explico que la calidad de la democracia mexicana sea tan extraordinariamente baja.

Analista político

